

EL APÓSTOL DE LA ISLA DE PASCUA  
**JOSE EUGENIO EYRAUD**

---

---

HERMANO DE LA CONGREGACIÓN DE  
LOS SAGRADOS CORAZONES

---

---

DOCUMENTOS SOBRE LA VIDA DEL  
HERMANO EUGENIO Y SU APOSTOLADO  
EN LA ISLA DE PASCUA, PUBLICADOS  
POR MONSEÑOR RAFAEL EDWARDS,  
OBISPO Y VICARIO CASTRENSE. ::

== SANTIAGO DE CHILE ==  
IMPRENTA CHILE  
Calle Morandé, Núm. 767  
== 1918 ==

## A LOS OBREROS

Estas páginas han sido publicadas para honrar la memoria de un hombre modesto que empuñó en sus manos las herramientas del trabajo y que, convertido más tarde en obrero del Evangelio, llevó la luz de la fe de Jesucristo a los indígenas de la Isla de Pascua.

Creo oportuno presentarlo como modelo a los obreros en estos tiempos en que, desgraciadamente, no pocos de ellos van olvidando el amor que deben a la fe cristiana.

Si Jesucristo redimió las almas de todos los hombres los obreros recibieron de El doble redención. En efecto, antes de que Jesucristo empuñase en sus manos las herramientas del trabajo, éste era estimado como una deshonra y fué el Redentor quien proclamó la igualdad y la fraternidad de los hombres y quien puede ser llamado Divino Libertador de los obreros.

Por eso El quiso que fueran hombres de trabajo los primeros Apóstoles de su doctrina; y las primeras cristiandades eran formadas en su mayor parte por operarios y esclavos que esperaban del Cristo la doble libertad del espíritu y del cuerpo.

Recorriendo la historia de aquellos gloriosos tiempos del Cristianismo naciente, vemos a muchos obreros y esclavos llevar la luz de la fe a los hogares y a las ciudades.

Eugenio Eyraud renovó en la Isla de Pascua esos hechos admirables y es, en medio de nuestros tiempos, un vivo ejemplo del amor y del celo con que los obreros cristianos han de defender su fé.

No es necesario que, como él, renuncien a los bienes de la tierra, ni que se vayan a regiones lejanas para propagar la luz del Evangelio.

Tenemos el paganismo muy cerca de nosotros. Una gran parte de nuestros contemporáneos, de los hombres con quienes vivimos, se han olvidado de la fé o no la practican.

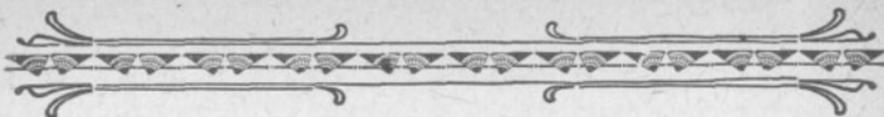
Hemos de hacer por ellos lo que Eugenio Eyraud hizo por los habitantes de Pascua.

El mismo celo activo y generoso con que él se empeñó por la propagación de la fé, debemos emplear todos en la conservación de esta misma fé, el mayor bien de los hombres y de los pueblos.

Santiago, Febrero de 1918.

† Rafael Edwards,  
Obispo y Vicario Castrense.





EL APÓSTOL DE LA ISLA DE PASCUA

# JOSÉ EUGENIO EYRAUD

Hermano de la Congregación  
de los Sagrados Corazones.



## Infancia y juventud de Eugenio Eyraud

En Agosto de 1868 falleció en la más solitaria de las islas del Océano Pacífico un hombre modesto y bueno que había consagrado su vida primero al trabajo y más tarde al bien de sus semejantes.

Su nombre no quedará estampado en las páginas de la historia y su tumba permanecerá olvidada en el solitario peñón en que trascurrieron los últimos años de su vida.

Pero cuantos recorran estas líneas sentirán por él piadosa admiración y profundo amor.

Fué Eugenio Eyraud, de quien vamos a ocuparnos, fruto de la hermosa tierra de Francia, que ha sido y continúa siendo cuna de grandes empresas y de nobles corazones.

Nació en uno de esos hogares cristianos llenos de austeras y activas virtudes que son una de las mayores riquezas de aquella nobilísima nación.

El menor de los hermanos de Eugenio fué llamado por Dios al sacerdocio y se consagró—lleno de apostólico celo—a las misiones de la China.

En aquella región, santificada por la sangre y los sudores de innumerables apóstoles del Evangelio—supo Juan Eyraud—tal era su nombre—la muerte de su hermano Eugenio.

Por petición de sus superiores escribió Juan la relación de la vida de su hermano Eugenio hasta la época en que éste ingresó a la Congregación de los Sagrados Corazones.

En estas breves páginas, escritas con la más admirable sinceridad, podrá verse prácticamente como sobre los hogares verdaderamente cristianos descienden las bendiciones de Dios.

Si los hogares de los obreros chilenos, de nuestra gente de los campos y en especial de los pequeños propietarios observaran las prácticas de la vida sinceramente cristiana, como se hacía en el hogar de los Eyraud; también Dios les daría hijos como Eugenio—cuya vida vamos a conocer—y como Juan—el misionero de la China—de quien son las páginas cuya lectura nos ofrecerá hermosos y grandísimos ejemplos.



## Los primeros años

Oigamos lo que acerca de Eugenio y de su familia nos dice su hermano Juan:

Nuestros excelentes padres, Carlos Eyraud y Magdalena Gauthier, eran unos fervorosos cristianos y honrados agricultores de la comuna de Saint-Bonnet, de la diócesis de Gap en Francia; se gloriaban de pertenecer a la cofradía del Santísimo Sacramento, y en las principales fiestas del año se acercaban a la Sagrada Mesa. Respecto a los bienes de fortuna, no estaban en la pobreza pero tampoco gozaban de la abundancia: el cultivo de

sus tierras bastaba para las necesidades de la familia; por otra parte más se preocupaban de mantener en sus hijos la fé sincera y buenas costumbres que de amontonar riquezas. Cristianos de vieja cepa, les gustaba repetir: «Más vale vida buena que bolsa llena». A menudo, cuando le preguntábamos la hora a mi buena madre, nos contestaba: «Es la hora de hacer algo bueno, niño».

Eugenio fué el séptimo y penúltimo de sus hijos, nació en Saint-Bonnet el 5 de Febrero de 1820. No fuí testigo de su primera infancia, pero varias veces le oí decir a mi buena madre que Eugenio no era travieso como yo, que ella no había tenido ningún trabajo para educarlo: cuando chico, no gritaba; raras veces lloraba, y se quedaba sosegado en cualquier lugar que lo dejaran; de suerte que su presencia jamás le molestaba a mi madre, antes le servía de entretenimiento. A la edad de dos años tuvo una enfermedad que duró dieciocho meses y lo puso a los bordes de la tumba. Mis padres lo encomendaron a la Santísima Virgen, encendieron velas ante la imagen de esta poderosa protectora, y contra toda esperanza el niño recobró la salud: por este prodigio mostraba ya la Divina Providencia que esta vida así conservada, debía consagrarse enteramente al servicio de Dios.

No resistió Eugenio al impulso de la gracia; los gérmenes de la virtud se desarrollaron rápidamente en él; desde la edad de cuatro a cinco años, era obsequioso con todos y muy obediente con los que tenían autoridad sobre él; nunca se quejaba; no era pendenciero y jamás se le vió encolerizarse o mostrar deseos de venganza. En cuanto a mí, a causa de mis maldades tenía yo a menudo riñas con mis hermanos y mis hermanas, pero no recuerdo nunca haber peleado con Eugenio, pues él luego cedía y se acomodaba a todo.

Sus inclinaciones a la piedad eran ya muy notables a los diez años; rezaba con exactitud, asistía asiduamente al catecismo, siguiendo con gran atención las explicaciones que daba el señor Cura. Séame permitido dar aquí un justo tributo de agradecimiento a Julia, nuestra que-

rida hermana mayor, que mucho se preocupó de la educación religiosa de Eugenio y de la mía: se valía de mil industrias para formarnos en la piedad, ya con lecturas escogidas, ya con oportunos consejos; llegó su celo hasta iniciarnos en la oración mental. Tanto aprovechó Eugenio con esta dirección, que mereció ser llamado a la primera comunión antes que los demás niños de su edad. La modestia del niño se alarmó por esta preferencia, reputándose indigno; hubiera querido emplear el resto del año en prepararse a tan grande acción, cuya influencia decisiva sobre toda la vida ya conocía, pero el prudente cura insistió, su hermana Julia fué de la misma opinión y Eugenio, siempre pronto a obedecer, cedió a estas instancias. Sólo quedaban quince días para la augusta ceremonia; inmediatamente se puso a la obra, hizo una buena confesión y entró en retiro. No trataré de contar el gozo que experimentó cuando por primera vez recibió a su Dios.

A partir de ese día, sus progresos en la virtud se iban acentuando cada vez más. Yo, que por todas partes lo seguía, puedo asegurar que nunca noté en él algo que fuera capaz de hacerle perder su inocencia: jamás le oí pronunciar una palabra contra el pudor o contra la religión, y si alguno de sus compañeros se permitía en su presencia expresiones algo libres, mostrábase descontento alejándose de su compañía. Evitaba, como escollos en que peligra la virtud, el ocio y la demasiada familiaridad con los niños de su edad; ... su familia encontraba poderosos preservativos contra estos peligros, pues todos los días de la semana cada uno estaba ocupado en las faenas del campo o en trabajos manuales; para divertirse no había más que los domingos, en el intervalo de los oficios religiosos, y siempre en la casa.

Estas continuas ocupaciones no le permitían a Eugenio dedicarse con regularidad a los estudios, sólo podía asistir a la escuela durante el invierno; su aplicación empero y su buen juicio suplían la falta de tiempo; llegó a enriquecerse con bastantes conocimientos para deleitarse

con la lectura de buenos libros, tanto como temía la de los malos. Gustoso habría estudiado el latín, pero los recursos de la familia no lo permitían, sobre todo después de la muerte de nuestro querido padre, acaecida cuando Eugenio tenía nueve años.

Para consolarse de esta imposibilidad, pensó procurarme la dicha a que él ya no podía aspirar. En nuestras conversaciones íntimas me decía con sencillez encantadora:

«Yo también quisiera seguir los estudios, pero los dos no podemos pensar en hacerlo, por otra parte ya tengo cierta edad, tú eres más joven y tienes tal vez más memoria que yo: aprenderé un oficio y te ayudaré a pagar tu pensión».

Este acto generoso, este celo de la salvación de las almas era sin duda el fruto de sus fervorosas comuniones, pero no fué el único. Uno de sus amigos le había sugerido la idea, como medio de propaganda, de vender buenos libros, Eugenio aceptó inmediatamente, y durante varios meses se le vió en el comercio instalar su pequeña biblioteca de libros de piedad o de controversia, venta que acompañaba con excelentes reflexiones en beneficio de los compradores. Con todo, este pequeño negocio no lo hacía descuidar sus obligaciones domésticas: siempre atento a las menores necesidades de nuestra madre, nada omitía de lo que podía agradarle.

Para mantenerse en este camino con frecuencia se alimentaba con el pan de los fuertes. Deploraba el descuido de sus compañeros de primera comunión que principiaban a entibiarse. «Miren, decía, la astucia del demonio: cuando ve a los jóvenes que comulgan todos los meses, les persuade que es bastante hacerlo en las cuatro grandes fiestas del año; después, que basta comulgar por Pascua como todos los cristianos, al fin los lleva hasta dispensarse de la misma comunión pascual».

En medio de estas santas ocupaciones y piadosas industrias estaba, cuando recibió una carta de José, uno de nuestros hermanos mayores. Desde algún tiempo vivía

éste en Blois, donde trabajaba como mecánico y cerrajero. Era el padrino de Eugenio, y habiendo oído hablar de sus excelentes dotes, quería tenerlo a su lado. Con este fin observaba que el cultivo de la heredad paterna no era suficiente para el sostén de la numerosa familia, que era bueno aprender un oficio y que el estado de mecánico era honorable y bastante lucrativo. Eugenio, por su parte, además de creerse obligado a tener alguna condescendencia con su padrino, encontraba en casa de su hermano garantías excepcionales para su virtud. Otro motivo además lo impulsaba a aceptar la propuesta: yo había principiado ya mis estudios, y deseaba él ganar algo para cubrir los gastos de mi educación. Con el permiso de nuestra buena madre y después de haber recibido su bendición se decidió a partir: doloroso debió ser para su corazón amante dejar la casa paterna, despedirse de una hermana cariñosa, de un hermanito menor que no tenían sino un corazón y una alma con él; pero el deber lo llamaba y nada podía arredrarlo.

Helo pues en camino con cien francos en el bolsillo para un viaje de 150 leguas... Había que economizar, y para no ser gravoso al llegar a casa de su hermano, emprendió el viaje a pie. Caminando a marcha forzada en pocos días llegó a su destino; para un joven de 19 años la empresa no dejaba de tener peligro, pero él era tenaz y arriesgado, y ponía su confianza en Dios y, como veremos luego, su esperanza no se vió defraudada.

En Blois, durante los dos o tres años que ahí permaneció, fué como el ángel tutelar de la familia; a su hermano mayor y a su cuñada les profesaba un respeto verdaderamente filial, los cuales por su parte le abandonaban confiados la dirección del taller. Todos los obreros lo respetaban, admirando su constancia en el trabajo, su afabilidad, su conducta irreprochable. Viendo las cosas en tan buen estado, José y su esposa creyeron llegado el momento oportuno para ir a hacer una visita a nuestra buena madre. Llegados a Saint-Bonnet no se cansaban de elogiar la conducta de Eugenio. Después de dos meses

de ausencia, grande fué su regocijo al encontrar que todo andaba en la casa como si ellos no se hubiesen movido, el día del Señor siempre había sido santificado y las cuentas estaban en regla.

Es una idea corriente entre los obreros que para perfeccionarse en el oficio hay que dar una vuelta por el país, probablemente José creía lo mismo; sea lo que sea, se decidió que Eugenio fuera un tiempo a trabajar a Orleans y París. Una vez llegado a la primera de estas ciudades mi hermano no tuvo dificultad en hallar trabajo; durante los seis meses que ahí permaneció estuvo al servicio de un solo patrón, quien por su parte quedó contentísimo de la fidelidad y delicadeza de su nuevo empleado. La virtud de Eugenio resplandeció entonces con tal brillo, que sus compañeros lo llamaban el angélico Eyraud. Nadie osaba mofarse de su piedad, gozaba de toda libertad para santificar el domingo; en los ratos libres se entretenía con buenas lecturas o tocando flauta, pues había aprendido un poco de música. Un día algunos compañeros, cuya moralidad no le era sospechosa, lo invitaron a un paseo; después de media hora de marcha, le propusieron tomar un refresco, aceptó con cierta repugnancia, pero apenas tomó el vaso de vino que le ofrecieron, notó que en la sala vecina había personas de aspecto sospechoso. Ver esto, echar una moneda en el mesón y desaparecer bruscamente fué todo uno, dejando a sus falsos amigos atónitos y avergonzados.

Palpando con esta aventura los grandes peligros del mundo, renunció a su viaje a París y en su lugar resolvió regresar a su tierra. Volviendo a ver a su Eugenio, no tardó nuestra buena madre en notar que había conservado intacta la flor de su inocencia y que aún era mejor que antes de su partida. Esto pasaba durante las vacaciones del Seminario Menor donde yo había cursado dos años y pude cerciorarme yo mismo de los progresos que mi hermano había hecho en la virtud. Yo debía haberle servido de modelo, por la esmerada educación que había recibido, pero al contrario, él me daba el buen ejemplo,

y era para mí motivo de humillación comparar mi tibieza y cobardía con su fé viva y su piedad ardiente. Si después de comer lo invitaba a dar un paseo: «Vamos primero a la Iglesia, me decía, para asistir a la oración, y después daremos una vuelta». Al volver, me proponía la lectura de un capítulo de la Imitación de Cristo antes de acostarnos. A cinco leguas de Saint-Bonnet, hay un santuario conocido con el nombre de Nuestra Señora de Laus, adonde acuden en peregrinación los habitantes de la comarca; Eugenio propuso que fuera toda la familia, y cuando se resolvió el viaje redobló su alegría; no hubo necesidad de invitarlo para que recibiera en esta ocasión los Sacramentos, pues para las prácticas de piedad tomaba siempre la iniciativa; no hizo sino crecer su fervor después de esta peregrinación.

Durante su permanencia entre nosotros el asunto de mi vocación preocupaba e interesaba vivamente a Eugenio; y como mi disipación infantil le inspiraba algunas inquietudes, no dejaba de darme buenos consejos; desaprobadaba que me entretuviera con lecturas profanas, asegurando que dañan tarde o temprano aún a los que se dan a ellas sin mala intención. El hecho viene a probar hasta qué punto temía el peligro de las malas compañías. Habiendo venido a verme varios seminaristas amigos míos, fuimos juntos a hacer una excursión, que terminó con una pequeña comida en el restaurant de mi hermano Víctor. Estábamos en la mesa cuando llegaron otros dos amigos que nos hicieron compañía: todos nos divertimos del modo más inocente, pero Eugenio estaba inquieto y al día siguiente me comunicó su pesar: harto trabajo tuve para tranquilizarlo.

Terminadas las vacaciones me condujo al Seminario él mismo; se veía que estaba feliz de ponerme a salvo de todo peligro. Al despedirse me aseguró que era su intención venirse a vivir conmigo, cuando yo fuera sacerdote, agregando que quería antes ganar un poco de dinero para no tener que molestar a nadie y para ayudar a los

miembros de la familia. He aquí el medio que para esto había imaginado.

Durante su permanencia en Blois conoció a un comerciante de Buenos-Aires que cobró afición por él y le propuso llevárselo consigo para ponerlo a la cabeza de su fábrica, ofreciéndole pasaje gratuito y buenas expectativas. Antes de realizar este proyecto Eugenio había querido consultar a nuestra madre y ése había sido el objeto principal del viaje a su tierra. Obtenido el consentimiento que deseaba, se dispuso a partir, no dudando que esta empresa llegaría a ser para él ocasión de señaladas gracias.

Después de haber ido a Blois para despedirse de su hermano y recibir sus consejos, Eugenio se embarcó para el Nuevo Mundo. Apenas llegado empero al término de su viaje, principió a sentir las primeras pruebas que le preparaba la Divina Providencia para encaminarlo a sus designios; una guerra había estallado entre la República Argentina y los países vecinos; los almacenes del patrón que había contratado a mi hermano habían sido saqueados. Eugenio se vió obligado a servir de mozo en un hotel, y al cabo de cuatro meses pudo con sus ahorros enrolarse en una caravana que partía para Chile, con la esperanza de encontrar en ese país un porvenir más halagüeño. Larga y penosa fué la travesía por la cordillera de los Andes, y pasó más de un año sin que tuviéramos noticias del pobre desterrado. Nos escribió en fin de Santiago anunciándonos que sus negocios marchaban prósperamente, y a no ser por la pérdida de un pequeño capital que había colocado en la empresa de un ferrocarril, ya habría podido enviar un socorro a sus sobrinos de Blois que acababan de perder a su padre. Luego se estableció en Copiapó, donde se fué acrecentando su fortuna; en efecto, al poco tiempo les envió tres mil francos y después sumas aún más considerables. Proveyó a la educación de su sobrina Julia, colocándola en el pensionado del Sagrado Corazón de París, al mismo tiempo que se comprometía a proporcionarle la dote, si entraba definitivamente en el convento como era su deseo. De igual

modo socorrió a varios parientes, lo que era para él el colmo de la felicidad. A su querida hermana Julia le remitió cinco mil francos, en otra ocasión, para subvenir a los achaques de la vejez que ya padecía nuestra madre; sus liberalidades llegaron también hasta otro hermano establecido en Lyon. No fui yo tampoco olvidado por este caritativo guía de mi infancia: primero me envió un regalo de seiscientos francos, después un juego de altar de plata dorada; sabiendo más tarde que yo había ingresado al seminario de las Misiones extranjeras y que me había propuesto erigir una capillita, quiso cubrir todos los gastos. En una palabra, de todos se acordaba menos de sí mismo.

En ese tiempo supo que yo había partido para evangelizar a los infieles y principió a envidiar mi suerte, todas sus cartas de esta época respiraban el ardiente anhelo de trabajar en la gloria de Dios y en la salvación de las almas; llegó hasta ofrecerse para acompañarme a la China y poner su industria a servicio de la misión. Me vi obligado a contestarle que no me sería de gran utilidad en este país, donde las artes están muy adelantadas, y que además para ponerse en aptitud de enseñar algo, había que estar al cabo de la literatura del país, lo que suponía largos estudios emprendidos con anticipación. Eugenio se consoló diciéndome que reservaría de sus economías lo necesario para el mantenimiento de los predicadores y catequistas que trabajaban conmigo. Dios, que veía la pureza de sus intenciones, le proporcionó el medio de realizarlas de una manera inesperada superando sus deseos...

Hasta aquí llega la carta del hermano de Eugenio Eyraud; está fechada en Pen-Chin el 24 de Junio de 1869.

Basta la lectura de estas páginas para apreciar lo que es y lo que puede la formación cristiana del hogar.

Eugenio por otra parte nos da desde sus primeros años ejemplos admirables de amor filial y de cariño por sus hermanos y nos enseña como en medio de las fáabri-

cas y de los trabajos se puede levantar a Dios el espíritu, mientras los fuertes brazos majan el hierro sobre el yunque.



## Eugenio Eyraud entra a la Congregación de los Sagrados Corazones

A petición del señor Intendente de Atacama, don Manuel Cerda, la Congregación de los Sagrados Corazones se decidió a fundar una residencia y colegio en Copiapó. A este efecto los RR. PP. Mercedarios cedieron su convento por el término de quince años. En Febrero de 1849 se abrió el establecimiento de educación, y poco después el R. P. Donato Loir, con las erogaciones de los fieles, construyó un hermoso templo de estilo gótico, destruído por un incendio en 1914.

Copiapó en esos días era un gran centro de actividad comercial; sus ricas minas hacían afluir gran número de comerciantes, y el movimiento de sus calles denotaba vida y prosperidad. En una de ellas se leía este letrero: EYRAUD CERRAJERO MECÁNICO; era el almacén del honrado artesano cuya asombrosa y edificante vida describimos. «Un día, cuenta él mismo en carta a su hermano, estaba trabajando en mi taller cuando ví pasar por delante de la puerta a dos sacerdotes de aspecto muy francés. Sospechando que pudieran ser compatriotas míos, les grité en la lengua materna: *Entren, señores, entren!* Con felicidad ví que me entendían y aceptaban mi invitación, y me encontré en frente de dos sacerdotes franceses de la Congregación de los Sagrados Corazones. Estos bondadosos Padres me invitaron a su casa, donde no tardé en trabar con ellos y sus compañeros relaciones de la más íntima amistad. Cada día me persuado más que Dios me llama a entrar a esa Congregación.»

No desdeñaba el buen mecánico la amistad de los sacerdotes; antes por el contrario, sabía que no hay nada más honroso que ser amigo de los Ministros de Dios.

¡Cuántos, en cambio, se dejan vencer por el respeto humano!

Por ocultos medios Dios iba guiando a Eugenio a los fines a que lo destinaba. La Congregación de los Sagrados Corazones, fundada por el presbítero Coudrin, hace cien años, en los días más aciagos de la Revolución francesa, tiene por objeto reparar todas las injurias hechas a Dios por los crímenes de los pecadores. Propagar la devoción a los Sagrados Corazones, adorar perpetuamente al Santísimo Sacramento del altar son los medios que emplea para llenar su misión de salvar las almas, educar a la juventud, dirigir Seminarios, y llevar la palabra de Dios a las naciones infieles. Cumpliendo este fin, desde el año 1826 mantiene la Congregación las misiones de la Oceanía Oriental, distribuidas entre los vicariatos apostólicos de Sandwich, Tahití e Islas Marquesas. Estas misiones entre los salvajes eran un aliciente más que impulsaba al generoso Eyraud para ingresar a la Congregación de los Sagrados Corazones. Juzgó que en esas misiones podría utilizar los diversos conocimientos que hasta entonces había adquirido.

Estaba pues Eyraud en el colmo de su dicha, los ardientes votos de toda su vida se iban a realizar. Una cosa sin embargo le inquietaba: tenía sobrinos cuya madre había enviudado y estaba sin recursos; aunque muchos sacrificios había hecho por ellos, no creía aún estar del todo desligado de la obligación de socorrerlos. Su vida laboriosa y ordenada le había permitido acrecentar sus caudales, cuyo monto llegaba a la hermosa suma de sesenta mil pesos. Llevado por un celo santo de ver el nombre de Dios glorificado y cumpliendo además con la piedad filial que le dictada su corazón, dividió su haber en dos porciones: envió treinta mil pesos a su familia, y con el resto se presentó a la puerta del convento, solicitando su admisión como hermano y pidiendo la gracia de consagrar su fortuna y su persona a las misiones de la Oceanía. Bien practicaba a la letra el consejo del Divino Maestro: «*Anda, vende cuanto tienes y dalo a los po-*

*bres, y tendrás un tesoro en el cielo, y después ven y sígueme».* Libre ya de todo cuidado y preocupación no pensó sino en darse a Dios sin reserva, doliéndose, como decía, de ofrecer a Dios tan poca cosa, sólo los restos de una existencia prodigada a los míseros negocios de este mundo.

Después de algún tiempo de probación fué enviado por los superiores a principiari el noviciado en Valparaíso. Con tan santas disposiciones, es de suponer los progresos que haría en la virtud. Desde luego se conquistó la estima y afección de todos los religiosos. Llevaba ya diez meses de noviciado en la tranquilidad y el silencio, cuando una circunstancia fortuita vino a poner a prueba su vocación. El enemigo de las almas no se da reposo para poner trabas y contrariar las más santas y firmes resoluciones. En esa época recibió una carta de su hermana Julia que le comunicaba el grave estado en que se hallaba la salud de su anciana madre, y le suplicaba al mismo tiempo que regresara a Francia para recoger su postrer suspiro. Antes de salir de su patria Eugenio le había prometido a su madre que pronto volvería; su hermana le recordaba su compromiso, pidiéndole que no rehusara a la familia el consuelo de verlo por última vez, y que después podría seguir libremente su vocación religiosa. Comentando las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, *el que me sigue, y no aborrece a su padre, a su madre y hasta a sí mismo, no puede ser mi discípulo*, dice San Gregorio Magno: ¿cómo es posible que al mismo tiempo se nos mande odiar y amar; puesto que Dios ordena que amemos hasta a nuestros enemigos? y contesta que a todos debemos amar y principalmente a nuestros parientes; pero que, si éstos son obstáculo para seguir el camino de Dios, debemos huír de ellos, y en este sentido aborrecerlos.

Conociendo sus superiores la sólida virtud y energía constante de que había dado prueba el hermano Eugenio, juzgaron que con el viaje proyectado no peligraba su vocación, y no pusieron obstáculo para que interrumpiera el noviciado. Los Padres de Valparaíso, sin embar-

go no pudieron despedirse de él sin derramar lágrimas; ¿sobrevendrían circunstancias imprevistas que le impidieran volver? ¿tendría el suficiente valor para romper los lazos de la familia que iba a reanudar? La gracia sin embargo fué más fuerte que la naturaleza.

El objeto principal del viaje no se alcanzó; pues ya su madre había fallecido cuando llegó a la casa paterna. Poco más de un mes permaneció en Francia, y después de arreglar los asuntos de la familia y de edificar a todos los parientes con su piedad, su desinterés de las cosas del mundo y sobre todo por sus sabios consejos, volvió a tomar el camino de ultramar para reanudar con nuevo fervor los piadosos ejercicios del noviciado. Cumplidos todos sus deberes, parecía que nada debía ya turbar su formación religiosa, pero Dios tenía designios muy especiales sobre él, y la tranquilidad apacible del claustro debía trocarse en la vida más singular y azarosa que puede imaginarse.



## La Isla de Pascua

En Octubre de 1862 hacía escala en el puerto de Valparaíso el barco francés *Cassini*, mandado por el capitán de fragata Lejeune; en su viaje había pasado frente a la isla de Pascua, y aunque no intentó desembarcar en ella, se acercó lo bastante a sus costas para inspeccionarla. El capitán estaba bien impresionado de la isla y de sus habitantes; le pareció que estos no eran tan feroces como se decía, pues se allegaban confiados al barco, llevando sus productos. En pocas horas se amontonaron en la playa hasta un millar de indígenas, lo que denotaba numerosa población; la isla parecía fértil aunque desprovista de árboles. El capitán Lejeune, al desembarcar en Valparaíso, fué a visitar a sus compatriotas los Padres de los Sagrados Corazones, quienes oyeron con interés los relatos del capitán sobre la isla de Pascua y creyeron

llegado el momento oportuno de probar su evangelización.

Cabalmente encontrábase en esos días en Valparaíso el R. P. Alberto Montitón, celoso misionero del Vicariato de Tahití. En el desempeño de su penoso cargo había contraído una enfermedad que obligó a los superiores a mandarlo a Europa para curarse, con la esperanza de que volviera a prestar sus servicios a la misión. Felizmente su mal provenía más de las privaciones de la vida de misionero, de la mala alimentación y aguas insalubres, que de causas internas. El clima benigno de Chile y los cuidados que recibió de sus hermanos en religión fueron suficientes para que recobrarla la salud.

Mucho tiempo hacía que los misioneros de la Congregación de los Sagrados Corazones espían una oportunidad para abordar esa isla misteriosa. Las noticias dadas por el capitán y el aspecto favorable con que la presentaba decidieron al R. P. Pacomio Olivier, provincial de la Congregación en América, a emprender la misión para llevar la luz de la fé y los beneficios de la civilización cristiana a esos pobres y abandonados insulares.

Al oír que se trataba de una nueva misión, el P. Alberto olvidó sus enfermedades y renunció al permiso que tenía de volver a su patria. Su celo apostólico lo impulsó a escribir inmediatamente a Europa para impetrar del Reverendísimo Padre Superior General la autorización de ir a la isla de Pascua para fundar la misión. El entusiasmo fué comunicándose: muchos de los religiosos que en Valparaíso se dedicaban al ministerio de las almas o a las tareas de la enseñanza, quisieron seguir a tan decidido y experto jefe; la escasez de personal y las numerosas obras que la Congregación mantenía en Chile, impidieron al R. P. Provincial que accediera a sus deseos, y escogió al R. P. Rigal como compañero del P. Montitón.

Luego que llegó el permiso, el P. Montitón principió con toda actividad a abastecerse de los objetos y pertrechos más necesarios para una naciente misión, encon-

trando en Valparaíso como en Santiago almas generosas y caritativas que se interesaron por la conversión y civilización de los pascuenses.

Todo estaba preparado y los pasajes tomados para los misioneros en una pequeña goleta que partía con rumbo a Tahití, cuando el hermano Eugenio, a la sazón novicio, se presentó al R. P. Provincial e imploró la gracia de que se le permitiera formar parte de la expedición. Su carácter resuelto y prudente, su acrisolada virtud, movieron al P. Provincial a aceptar su petición, juzgándola un designio de la Divina Providencia en pro de la obra que se iba a emprender.

Pocos días después zarpaba del puerto de Valparaíso la *Favorita*, con rumbo a Tahití. A bordo de la frágil goleta iban los misioneros y evangelizadores de la Isla de Pascua.

Esta apartada isla fué descubierta por el almirante holandés Roggewein el 6 de Abril de 1722; como ese día se celebraba la fiesta de la Resurrección del Señor, le dió el nombre de Isla de Pascua: sus habitantes la llamaban Rapa-nui.

Está situada en el Océano Pacífico a 2030 millas de las costas de Chile; sus coordenadas son 109°26 de longitud occidental y 27°10 de latitud austral. Queda fuera de todas las rutas de navegación frecuentadas por los marinos y comerciantes, por lo cual raras veces ha sido visitada. Después de su descubrimiento pasó medio siglo hasta que en 1774 el capitán Cook recaló en ella durante ocho días; años después la reconoció La Perouse, y más tarde algunos aventureros cometieron tales depredaciones que exasperaron a los isleños, los cuales desde entonces recibían a pedradas a los navegantes que pretendían desembarcar.

La *Favorita*, después de una feliz travesía, fondeó en la capital de Tahití el 11 de Mayo de 1863. Al desembarcar el P. Alberto y sus compañeros supieron que la isla de Pascua acababa de ser teatro de odiosas iniquidades, lo que grandemente contrariaba sus designios de iniciar

pronto la misión. Corría el rumor de que la Isla estaba casi despoblada por acción de los piratas y asoladoras epidemias.

No correspondiendo a las esperanzas concebidas por los traficantes la inmigración de chinos en el Perú, varios armadores tuvieron la idea de sustituirla por la inmigración canaca. El primer barco que emprendió este tráfico logró buenos beneficios. Abierto el apetito de este vil comercio de carne humana, los viajes se fueron repitiendo hasta llegar en una ocasión a juntarse ocho navíos (1860). Los traficantes se valieron al principio de la astucia, engañando a los indígenas con fútiles promesas; después siguió una vergonzosa caza de indios. Para librarse éstos del peligro, cada vez que se acercaba un navío corrían a ocultarse en las numerosas grutas y escondrijos que hay en el país, ahí permanecían días enteros privados de alimentos: tal era el pánico que los dominaba. Ochocientos canacas fueron así violentamente arrastrados de su isla hasta las costas del Perú, donde fueron vendidos y reducidos a la esclavitud.

Al saber esas iniquidades Monseñor Janssen, obispo de Axieri y Vicario apostólico de la Ocearúa Oriental se interesó por los canacas e hizo diligencias para repatriarlos.

Desgraciadamente llevaron consigo el germen de la viruela que hizo estragos en la Isla.

Por estos motivos los superiores de la misión de Tahití, juzgaron que no era el momento oportuno para principiar la misión.

El Hno. Eugenio se ofreció a ir solo para explorar el campo y prepararlo a los misioneros. Había en Tahití cuatro hombres, una mujer y un niño de los cautivos de la Isla de Pascua. Se decidió que fueran con el Hno. Eugenio a la Isla. Llevó entre otras cosas herramientas, madera labrada, harina y algunos Catecismos en lengua tahitiana.

El buque lo dejó en la Isla y se marchó inmediatamente.

Habían pasado varios meses sin tener noticias del Hno. Eugenio, cuando se supo en Valparaíso su aislamiento; entonces decidió el R. P. Pacomio Olivier Provincial fletar un buque para saber de él.

El 25 de Agosto de 1864 salió de Valparaíso la goleta *Teresa Ramos*; en ella iban el R. P. Bernabé Castan y el hermano Hugo.

Después de muchas peripecias llegaron a Pascua el Martes 11 de Octubre.

Al llegar a Anakena, divisaron una cabaña que parecía europea; el primer indígena que subió a bordo al ver al P. Bernabé, rezó en canaca el Padrenuestro y otras oraciones, y como el Padre conocía el idioma por haber estado en las misiones, les preguntó quién les había enseñado a rezar, y contestaron: El papá, el papá (que quiere decir el extranjero.)

Pocos momentos después llegaba al bote un europeo, con el traje más extravagante y que al principio no pudieron reconocer. Era el hermano Eugenio que durante nueve meses había estado separado del mundo en medio de salvajes.

El valeroso hermano acató las órdenes de sus superiores y regresó a Valparaíso a fines de Octubre, pero lleno de entusiasmo para volver a seguir su obra de civilización.

En Valparaíso continuó su interrumpido noviciado, dedicándose a su propia santificación.



## Sacrificios y aventuras

El Hermano Eugenio, apenas desembarcado en Valparaíso, en Diciembre de 1864, escribió al Superior General de la Congregación de los Sagrados Corazones una carta llena de interés en que relata sus aventuras y sus sacrificios con una sencillez verdaderamente encantadora: Hela aquí:

MI REVERENDÍSIMO PADRE!

El vigésimo cuarto día de nuestra navegación, 2 de Enero de 1864, fué cuando avistamos la isla de Pascua, llamada Rapanui por los indígenas. El capitán preguntó a los indígenas que conducíamos si conocían la bahía de Anakena, en donde quería desembarcar. Después de algunos instantes de duda, causada por la distancia, exclamaron! ¡He aquí Anakena!

El aspecto de esta isla es agradable, sobre todo cuando se acaba de recorrer las Pamotas. Puede tener veinticinco kilómetros de longitud por diecisiete de anchura. En general, la costa está cortada a pico, siendo raros los puntos en que se pueda desembarcar fácilmente. La isla, muy fértil, está coronada por tres promontorios y surcada por cortaduras profundas; no hay corrientes de agua. La vegetación se compone toda de yerbas y arbustos, faltando los árboles y plantas elevadas. La costa ofrece tres bahías principales en que se puede desembarcar: Anakena, al N. O. y Vahui al S., las cuales, si merecen tal nombre, no prometen abrigo seguro a los navíos.

En efecto, cuando llegamos frente a Anakena, el capitán pretendió que el anclaje no era seguro. En realidad de verdad, un motivo de interés le conducía a desembarcar en otro punto. Aunque insistí para que lo hiciéramos ahí mismo,—lo esencial para mí era desembarcar pronto a mis canacas para que nos diesen a conocer a sus compañeros, y no nos tomaran por piratas,—no lo conseguí. Por la tarde llegamos a Anarova, pero no desembarcamos sino el día siguiente, Domingo. El segundo del navío era un joven Mangarevio, llamado Daniel, que hablaba un poco el francés y el inglés, debiendo, por otro lado, entenderse con los habitantes de la isla de Pascua, cuya lengua tiene mucha analogía con la de Gambier. El fué quien se encargó de conducir los canacas a tierra, regresando luego, fuera de sí. «No volveré a tierra por mil pesos, me dijo; son gentes las más

horrorosas de ver, y están armados de lanzas, en actitud amenazante. La mayoría andan desnudos, y las pinturas y plumas de que adornan su cuerpo, junto con sus gritos salvajes, les dan un aspecto horrendo. Las viruelas hacen estragos entre ellos. La epidemia, traída del Callao, se ha extendido por todas partes, menos por Anakena».

En efecto, de cien infelices tomados en el Callao por un navío, quince sólo habían escapado de la muerte, comunicando la enfermedad a sus compatriotas. Los canacas que la han conocido le tienen un miedo indecible. Daniel había oído hablar de eso, y asombrado de la tez encarnada que había advertido entre los indígenas, había atribuído a la plaga cuyos estragos le habían exagerado. «El capitán, añadió, os volverá gratuitamente a Tahití; ir a tierra sería exponerse a perder la lancha y contraer la enfermedad.» Pero yo no me había embarcado por el placer de viajar, y el capitán y el armador, que sabían que las viruelas estaban en la isla, habían sido los primeros en advertírmelo.

Decidióse, pues, que descendería solo, y me dirigiría por tierra a Anakena con Panamá. El navío debía encontrarse aquí al día siguiente para desembarcar mis efectos. Salté a la lancha, y mientras Daniel me conducía, le pedí que, al volver, llevase a bordo un poco de yerba para mis cinco carneros casi muertos de hambre. «¡Ah! respondiíme ¿quién sabe si el capitán la permitiría entrar en el navío?»—«Claro está, repliqué con una sonrisa. ¿Pensáis que las viruelas se embarcarán con la yerba?»

Inmediatamente salté a tierra y arranqué unos puñados de yerba que puse en la lancha. La tarea de Daniel tocaba a su término; la mía iba a comenzar.

Estaba en medio de mis huéspedes. Seguramente se debía perdonar a Daniel el haber tenido miedo. Una multitud de hombres, mujeres y niños, que podían ascender a mil doscientos, no ofrecían ninguna garantía. Aquéllos estaban armados con unas lanzas, compuestas de un palo largo rematado por una piedra cortante. Estos salvajes

son grandes, fuertes y bien hechos. Su rostro se aproxima más al tipo europeo, que el de los demás isleños de la Oceanía. Los marquesianos son, entre todos los canacas, los que más se les parecen. Su color, aunque algo cobrizo, no difiere sino muy poco del de los europeos, siendo muchos enteramente blancos. Pero, a primera vista, y sobre todo a cierta distancia, no se sabe qué pensar, pues todos, hombres, mujeres y niños tienen la cara y el cuerpo todo pintados de mil maneras. Las mujeres usan únicamente el colorado, pero los hombres todos los colores. Para pintarse se valen de una especie de tierra desleída, o del jugo de ciertas plantas.

Daniel había presupuesto intenciones hostiles, porque no había reconocido la presencia de ninguna mujer en medio del gentío. Pero se equivocaba, y su engaño es muy explicable. A primera vista todos se parecen, porque todos tienen el mismo traje: una banda de tela de papyrus u otra planta, que sujetan con un cordón de cabellos, y con la que se ciñen las caderas, hace sus principales usos; un pedazo de la misma tela, pero más grande, arrojado sobre los hombros y amarrado por los dos extremos alrededor del cuello, completa el vestido. He aquí el traje ordinario de hombres y mujeres, lo que hace que no se los distinga a la distancia. Sin embargo, hay una diferencia: la banda de las mujeres es de una especie de paja; la de los hombres de otra materia. Estos, después de recoger por detrás los extremos de esta banda, los dejan colgando; las mujeres los sujetan.

Las mujeres fueron más bien las que llamaron la atención de Daniel, pues me había dicho que estos salvajes llevaban los cabellos reunidos y elevados perpendicularmente sobre la cabeza, y son las mujeres las que disponen así su cabellera.

Tuve tiempo de notar estos pormenores, pero había otra cosa que me preocupaba más a mi entrada en la isla. Buscaba con los ojos a los canacas, mis compañeros de viaje: distingúelos en medio de la multitud, casi tan perplejos como yo. Los compatriotas de Panamá y de los

restantes, no se curaban de celebrar su vuelta; tuvieron por más urgente echar mano de sus efectos. Me acerqué a ellos anunciándoles la llegada del capitán a Anakena, para el día siguiente por la mañana, pero ninguna atención prestaron a mis palabras. Diferentes veces insistí, y Panamá me respondió al fin que partiríamos para Anakena luego que hubiésemos comido las patatas que estaban en el fuego. Es cierto que yo tenía hambre; pero más ganas tenía todavía de verme distante de esta ruidosa reunión.

Después de haber comido las patatas tratamos de ir a Anakena; pero cada vez que intentábamos escaparnos, Panamá y yo, nos echaban la mano al cuello. Cansado de una lucha inútil, y sin esperanza de deshacerme de mis vigilantes guardas, quise hacer signos al navío. Agité mi sombrero, mi pañuelo, grité como pude: ¡trabajo perdido! Quisimos huir ocultándonos detrás de una roca; pero había aquí algunos individuos que, dejando pasar a Panamá me condujeron al medio del gentío.

La noche se acercaba y yo no sabía qué hacer, cuando Panamá volvió con varios más, armados de lanzas, hacia los cuales me dirigí corriendo. Interpónense entre mí y mis guardas, para proteger mi huida, recomendándome corriese cuanto pudiera, lo que hice en efecto. Eran las once de la noche cuando me detuve con mis protectores, que habían podido alcanzarme, y me retiré con ellos a una gruta, adonde varias mujeres nos trajeron patatas. Aquí hallamos un poco de reposo.

Al amanecer nos pusimos en marcha y llegamos a Anakena. El navío navegaba a lo largo de la costa, acercándose a ella: le hicimos señas, corrimos paralelamente a él por la ribera, pero en vano; hasta que al fin lo vimos alejarse y perderse de nuestra vista. Volví entonces pié atrás, y acompañado de algunos canacas, llegué antes de la noche a la cabaña de la familia de Panamá.

Fué un momento de profunda tristeza para mí, cuando me ví abandonado en esta isla, sin recurso de ninguna especie, y privado por mucho tiempo quizás de los me-

dios de poder hablar de religión a estos infelices indígenas. Que el navío me llevase mis efectos, pase; mas lo que era para mí una pérdida irreparable y la principal causa de un total abatimiento, era el verme desprovisto del solo objeto que habría podido consolarme de la pérdida de todo lo demás, quiero decir, de un catecismo tahitiense, que me era indispensable para enseñar a los canacas las oraciones y primeras verdades de la religión.

Estaba entregado a estas reflexiones, cuando Paná llegó con algunos de los suyos.

—«Vuestros efectos, me dijo, han sido desembarcados en Anarova y las gentes de esa bahía se han apoderado de ellos. El capitán os manda decir que vayáis a hablarle mañana.

—¡Volver a Anarova! es imposible: tengo los pies desollados y una dislocación en la rodilla; no puedo ponerme en marcha.

—Se os llevará si es necesario; pero es forzoso ir mañana a Anarova. Yo os acompañaré en el camino, sin llegar, empero, hasta allá, pues están ahí furiosos conmigo.

Después me convidó a comer patatas y entrar en su cabaña para pasar la noche.

Era la primera vez que entraba en una cabaña canaca. Quiero que me atendáis para dárosla a conocer: la descripción no será larga.

Representáos una almeja medio abierta que se apoya en los bordes cortantes de sus valvas, y tendréis una idea de la forma de esta cabaña. Unos palos envueltos en paja forman la armazón y el techo, y una abertura semejante a la boca de un horno permite entrar a los habitantes y visitantes que tengan por conveniente entrar arrastrándose, no con las rodillas sino con el vientre. Esta puerta, situada en medio de la construcción, deja pasar la luz suficiente para que sus moradores se puedan reconocer al cabo de un momento de estar adentro.

El menaje es sencillísimo, y está en armonía con la construcción.

No podéis imaginaros cuántos canacas se alojan bajo

este techo de paja. Hace un calor extraordinario. No digo nada de las molestias provenientes de la poca limpieza de los indígenas y de la comunidad de bienes que necesariamente se establece aquí. Sin embargo, en la noche era menester hospedarse aquí, no habiendo otro refugio. Entonces cada cual toma su lugar, que le está indicado por la naturaleza del sitio. Como la puerta está en medio, determina un eje que divide la cabaña en dos partes iguales. A ambos lados de este eje se sitúan los moradores, las cabezas de los de un lado opuestas a las de los del otro, dejando en medio el espacio suficiente para dar paso a los que entran y salen.

Aunque muy cansado, hospedado en estas condiciones, tenía infinitos motivos para no pegar los ojos. Así pude oír a mis anchas los cánticos y lloros que expresaban, según me decían, el gozo de los asistentes.

Cuando vino el día, el primer objeto que distinguí fué un ídolo doméstico, en el que no parecían ocuparse mucho. ¡Ay de mí! no era en estos dioses en los que me sentía dispuesto a pensar. Me puse, a hacer, delante de los asistentes y con la mayor solemnidad, mis oraciones en lengua canaca, pues necesitaba más que nunca implorar de Dios la fuerza y la paciencia: mis aprietos no hacían más que comenzar.

Erá menester que volviese a Anarova, y me entregase a esas gentes de cuyas manos me costó tanto trabajo escaparme, y que me habían inspirado tan poca confianza. Pero no se podía retroceder, y me puse en camino a pesar de la fatiga producida por dos días pasados en correr sobre caminos hechos para desconcertar unos pies europeos: el terreno de la isla es todo volcánico, mostrándose por doquiera las puntas de las rocas. Entre estas piedras y la yerba que crece por todos lados, no existen más que senderos hondos, apenas trazados y menos anchos que la suela del zapato, lo que obliga a andar con los dos pies sobre una misma línea, sin poder jamás ponerlos de asiento en el suelo.

Cuando llegué a Anarova, me vi de nuevo rodeado de

un gentío agitado que cubría la playa, como los días anteriores. El capitán había desembarcado mis efectos. Varios canacas, provistos de lanzas, parecían estar de guardia para defender mi propiedad; pero habían juzgado conveniente apropiarse anticipadamente de lo que habían encontrado a su alcance. Uno se había calado mi sombrero, otro había tenido bastante maña para meterse mi levita: todo lo que no estaba bajo llave había desaparecido. Quedábanme, empero, unos cofres y los montantes de la cabaña que había preparado en Tahití. La construcción de esta última era lo que más me corría prisa; pero la cosa no era tan fácil, pues los defensores de mi propiedad, parecían dispuestos a defenderla contra mí mismo. Los cuatro montantes llamaban sobre todo la atención; unos pretendían que se trataba de una barca, otros le daban diversos destinos. Entonces les dije que si me dejaban hacer, les mostraría lo que era esto: y me permitieron acercarme.

Cogí un martillo y unos clavos y comencé a armar las maderas; pero tenía que detenerme a cada instante, obedeciendo a los pareceres que se sucedían, ya en el sentido de suspender el trabajo, ya en el de continuarlo.

Al cabo de muchas alternativas, los espectadores comprendieron que lo que tanto los había inquietado era una casa. Bien entendido que yo no había escogido el terreno, pues sólo me había contentado con plantar los montantes alrededor de los baúles. De este modo, concluía la obra, tuve el consuelo de ver mis efectos bajo llave, y la esperanza de dormir en mi casa.

Anocheecía ya, y al fin me era permitido respirar, tenía un albergue, y lo que no me habían robado estaba en mi casa, cuya llave guardaba yo en el bolsillo.

En este momento uno de los canacas, llamado Tema-nu, vino a ofrecermé tres gallinas, con ocasión de lo cual conocí a un hombre que debía tener conmigo muchas relaciones: mi genio del mal acababa de mostrármese en la persona de Torometi... A la vista de las gallinas, acércaseme y me las pide para «guardármelas y cocerlas».

En efecto me las guardó, y durante mis nueve meses nueve días de estada en la isla de Pascua, ese perillán continuó, con una perseverancia a toda prueba, guardándose todo cuanto había traído y no me molestaba.

Torometi es un hombre de treinta años, grande y fuerte como los indígenas de la isla. Su ceño engañoso, y reservado inspira desconfianza y justifica su mala reputación. Me han dicho que no pertenecía a la raza de la isla, sin embargo de lo cual es todo un canaca, tiene hermanos y una numerosa familia. Advertí que gozaba de un gran ascendiente entre los vecinos.

No me será fácil dar a conocer la autoridad de los jefes en esta isla, pues aún no sé en qué fundamentos descansa: parece que consiste simplemente en cierto influjo tomado por algunos sobre sus vecinos, y que, poco a poco, se acostumbra a acatar. Lo cierto es que Torometi era visiblemente un jefe; era mi jefe y mi vecino. Su casa no se encontraba sino a pocos pasos de la mía, a pesar de lo cual no se encontraba aún bastante cerca de mí, pues cuando vino la noche me dijo que le abriese mi puerta, y, luego de extenderse sobre mis baúles sin ceremonia alguna, me invitó a dormir. Acababa de tomar posesión de mi aposento.

Aquí me tenéis definitivamente establecido en mi nueva patria. Estoy aceptado y reconocido por toda la isla, o al menos no tardaré en estarlo. Mi residencia va a ser el punto de reunión de todos los curiosos, esto es, de todos los habitantes. Soy el «papá», el extranjero que se quería conocer, que se querrá ver trabajar, y sobre todo, a quien se aplicarán a explotar. Ya podéis figuraros, reverendísimo Padre, con cierta exactitud, mi vida en la isla de Pascua. Torometi me considerará como su propiedad, a mí y mis efectos. En esta inteligencia, me dará todos los días mi ración de patatas cocidas; se encargará de alimentarme. De este modo podré consagrar todo el día a la instrucción de los indígenas: es lo que he podido hacer desde mi llegada hasta mi partida. No he tenido más que dos especies de dis-

tracciones: el trabajo indispensable para cultivar un rinconcillo de tierra y sembrar las semillas de legumbres que había traído, y en seguida mi defensa y la de mis cosas contra las pretensiones siempre crecientes de Torometi. Fuera de esto, mi estada en la isla de Pascua ha sido una larga clase, un largo catecismo, interrumpido sólo por cortos momentos de reposo y algunos pequeños incidentes.

Tres veces al día la campana anunciaba las oraciones. Cuando estaban reunidos, recitaba la oración, que los asistentes repetían, palabra por palabra: era la oración propiamente dicha. Luego venía la clase, en que se repetían las oraciones, les enseñaba el catecismo, y aprendían a leer. En nueve meses y unos días, como lo podéis imaginar, no he creado doctores; pero, en fin, varios canacas, tanto muchachos como muchachas, han aprendido bastante bien las principales oraciones y los misterios esenciales de la religión. Muchos han comenzado a deletrear y hay cinco o seis que leen regularmente. Estos resultados no parecerán brillantes; pero se deberá tener presente que estas pobres gentes no tenían la más leve idea de las cosas que debía enseñarles, que su lengua carecía de las palabras necesarias para designarlas, y que, cuando les enseñaba las oraciones, me era preciso aprender su lengua, lo que es más difícil de lo que se piensa. Con los salvajes no se pueden hacer preguntas ni pedir aclaraciones: os dicen el nombre del objeto que tienen delante de los ojos, pero no vayáis más lejos: no preguntéis el sentido de una palabra que no comprendéis, y mucho menos pidáis una definición: esto excede con mucho su inteligencia. En estos casos, nada encuentran mejor que responderos repitiendo la pregunta.

Para conseguir estos mínimos resultados, era menester estar a cada instante a la disposición de estos niños, grandes y pequeños. Estéis, o no, pronto, señor profesor o hermano catequista, he aquí que los alumnos llegan: golpean la puerta, y si salgo inmediatamente, buena señal; se comenzará la clase sobre la yerba, en frente de

la cabaña. Pero si tardo un poco, o si, creyendo advertir entre los discípulos más ganas de divertirse que de aprender, los despido para más tarde, no desperdician la ocasión. Después de haber golpeado la puerta, llaman también alrededor de la casa; en seguida se sientan a distancia y se entretienen en tirar piedras, al principio pequeñas, después mayores, para sostener el interés. Está el catequista de buen humor o no, preciso es que se presente. Salgo entonces, armado con mi catecismo, y sentándome en la yerba, les digo:

—¡Vamos a ver, aproximaos! que vamos a aprender las oraciones.

—No, responden los discípulos, acércate tú, ven acá.

Lo más simple es ir. Entonces todos se sientan sobre la yerba y repiten las oraciones, preguntas y respuestas del catecismo con más o menos atención, y con un tono más o menos satisfactorio. Al cabo de cierto tiempo llegan nuevos discípulos. Los que se fastidian primero, se levantan y se van; los últimos llegados no tardan en seguirlos: pronto el sitio queda libre, y el profesor puede ocuparse en otra cosa, con la condición, no obstante, de volver a comenzar cuando a esos caballeros se les antoje de nuevo reanudar el ejercicio. Si no es hoy, será mañana; estad listo, pues aquí hay pocas ocupaciones, pocas distracciones, y pronto llamarán a la puerta del papá diciendo: «Enséñanos a orar».

En efecto, estas buenas gentes nada tienen que hacer los doce meses del año. Un día de trabajo les asegura una abundante cosecha de patatas para un año entero; durante los trescientos sesenta y cuatro días restantes, se pasean, duermen, se visitan. De este modo las reuniones, las fiestas son continuas; cuando cesan en un punto de la isla, comienzan en otro.

El carácter de estas fiestas varía según la estación. En estío los «paina» atraen a toda la población. Cada cual lleva su alimento para el tiempo de la fiesta, sobre todo para el último día, día de banquete. Todas estas raciones, colocadas en fila y cubiertas de ramos, son la pieza prin-

cipal. Cuando se han hecho, según las reglas de la etiqueta, todas las evoluciones requeridas, hasta que llega el día de la zambra, se comen las patatas y los camotes, reuniéndose en seguida las ramas que las cubrían, con las que se hace una especie de columna, de Mayo: esto es lo que significa la palabra «paina».

En el otoño e invierno, estaciones de las lluvias, las fiestas toman otro aspecto. A los «paina» suceden los «Areanti». No son las grandes carreras, las evoluciones sabias, los succulentos banquetes de patatas. Constrúyense en el lugar de la fiesta grandes cabañas, quiero decir, más altas que las ordinarias. Concluidas éstas, se reúnen en grupos, se colocan en dos líneas y se ponen a cantar. ¿Qué se canta? ¡Oh! os confieso que esta poesía es muy primitiva, y, más que todo, muy variada. El acontecimiento que más haya herido la imaginación es, en general, el objeto del canto. Así, si se introduce una enfermedad, las viruelas, v. gr., esa enfermedad deberá ser cantada en los «areanti». En una fiesta cogieron mis ovejas, las asaron, y se las comieron: las ovejas asadas fueron cantadas, no sé por cuánto tiempo. No creáis que se hacen poemas en estas circunstancias: se contentan con repetir simplemente la cosa, algunas veces la palabra sola que la denota, y se la canta en todos los tonos, desde el principio hasta el fin de la fiesta.

La primavera trae el «mataveri». Es una especie de campo de Marte en que se reúnen. La reunión dura dos meses, y se comienza a correr y hacer todos los ejercicios posibles, el «mataveri» se enlaza con el «paina», que aparece en el verano.

De este modo es como nuestros canacas hacen cuanto pueden por deshacerse del fastidio.

Naturalmente, con ocasión de estas fiestas se hace una ostentación de lujo extraordinario: cada uno acude con lo que tiene de más precioso.

Entonces se presentan los trajes más extravagantes: los canacas no se contentan ya con el simple vestido descrito más arriba, sino que se ponen todo lo que pueden

proporcionarse. Se pintan con mayor esmero, solicitan los servicios de una mano más ejercitada en el arte de fijar los colores y de trazar en el rostro líneas caprichosas, que les parecen de un efecto maravilloso. Las mujeres se ponen sus pendientes: esta es una de las más curiosas invenciones en el arte de agradar. Comienzan muy niñas a agujerearse el lóbulo de la oreja con un trozo de madera puntiagudo; poco a poco hacen penetrar más profundamente este maderito, y el agujero se ensancha; en seguida introducen una sortija de corteza de árbol, la cual, haciendo oficio de resorte, dilata más y más la abertura. Al cabo de algún tiempo, el lóbulo de la oreja se ha convertido en una especie de correa delgada que cae sobre los hombros como una cinta. Los días de fiesta se introducen una enorme rodaja de corteza, lo que es de una gracia perfecta. Sea lo que se fuere, es la moda, y aquí como en todas partes, esta razón no admite réplica.

En estas mismas circunstancias, los adornos de la cabeza son muy variados. Ante todo es menester un sombrero cualquiera: a veces es uno adornado con botones; en otras ocasiones consiste en una calabaza, una media sandía, un ave de mar cuyo cuerpo han abierto. Un día ví a uno de estos caros capacas que tuvo la idea de ponerse, uno sobre otro, dos calderos para sacar agua, cubriéndose gallardamente con ellos. Otro, habiendo encontrado un par de botines dejados por los peruanos, habiéndolos abierto juntos, se calzó la cabeza. He conocido en otro tiempo a un sastre que clasificaba a los hombres en dos grupos: el de los que se cubren, y el de los que se visten. Es evidente que los isleños de Pascua pertenecen a la segunda clase: les importa poco cubrirse, para librarse del calor o del frío; lo que más les interesa es vestirse. De consiguiente, en sus grandes fiestas se visten, se adornan, se cargan con todo cuanto pueden haber de cualquier manera. El hombre que ha podido proporcionarse un zagalejo, se viste de faldas; si tiene dos, ambos se los pone. La mujer que tiene a mano un pantalón, una levita, arregla todo esto con la mayor elegan-

cia posible. ¡Dichosos los que, a tanto lujo, pueden añadir objetos sonoros, como pedazos de hierro etc.! Mi Torometi, que es hombre que lo entiende, desde el primer día tuvo el mayor cuidado de apropiarse una campanilla que yo había traído, lo que le valió en lo sucesivo el aplauso universal, y con la cual regocijaba todos los rincones de la isla.

He aquí unas maneras de divertirse que no parecerán muy divertidas a todos, según me parece.

Mis canacas estaban sorprendidos de no descubrir en mí ningún signo de admiración o entusiasmo; no sabían qué pensar de mi indiferencia.

En otros muchos puntos, por desgracia, nuestro desacuerdo era todavía más completo. Jamás he podido acostumbrarme al olor de cierto jugo vegetal con que se frota, ellos y sus vestidos, y nunca he podido dominar mi repugnancia cuando los veo tragar, con la agilidad de una gallina, los numerosos insectos parásitos que se acogen en el pequeño tejido con que se cubren.

Desearéis, sin duda, pormenores sobre la religión de nuestros isleños. En lo que he podido observar durante nueve meses de residencia, la religión parece ocupar un lugar el más insignificante en su vida. Es cierto que el imperfecto conocimiento de su lengua me ha impedido hacer todas las preguntas que deseara, sobre esta materia; pero aunque he vivido con ellos en la mayor familiaridad, no he podido sorprender ningún acto verdaderamente positivo de culto religioso. En todas las chozas se encuentran algunas estatuitas, de unos treinta centímetros de alto, que representan figuras de hombres, pescados, aves, etc. Indudablemente, estos deben ser ídolos; pero no he advertido que se les rindiese ninguna especie de honor. Algunas veces he visto a los canacas tomar estas estatuas, alzarlas en el aire y hacer ciertos gestos, acompañado todo de una como danza y un canto insignificante. ¿Qué se proponen con ello? Creo que ni aún ellos mismos lo saben: hacen simplemente lo que han visto hacer a sus padres, sin llevar más lejos su pensa-

miento. Si les preguntáis qué significa esto, os responderán, como por sus juegos, que tal es la moda del país.

Tampoco he visto ritos religiosos con motivo de la muerte. Cuando alguno está malo, todo el tratamiento consiste en sacarle de la choza por el día, y volver a colocarle en ella a la noche. Si el enfermo muere, envuélvenle en una estera de paja, un poco más larga que el cadáver; se amarra la estera con hilo «purau» y se deposita todo en frente de la casa, cerca de la playa. Estos cuerpos, envueltos en las esteras, son colocados sobre un montón de piedras o sobre una especie de caballete de madera, con la cabeza hacia el mar. Como la población se halla extendida por toda la isla, los cadáveres desecados se ven a lo largo de la costa, sin que les llame la atención.

No sé qué idea tengan estas pobres gentes en orden a la muerte y la vida futura. Cierta día, con motivo de un robo cometido por Torometi, quise hablarle de la otra vida, y de la cuenta que tendría que dar. Habiendo Panamá muerto recientemente, recordélelo, añadiendo que lo mismo le acontecería a él. No pude presumir el efecto que iban a producir mis palabras. Apenas había dicho: tú morirás, cuando Torometi quedó como herido por un rayo: fué preso de un terror violento, sus facciones y sus gestos retrataban el espanto y la cólera. Los asistentes hacían lo mismo. No se oía más que un grito: «El papá ha dicho: «¡E pohe él!» Parecía que yo hubiese pronunciado una palabra mágica. En vano traté de suavizar el efecto de la terrible palabra, repitiéndoles que no sabía bien la lengua, que no les deseaba ningún mal; ¡vanos esfuerzos! Todos estaban espantados, y temí por un momento pagar cara mi imprudencia. Esta impresión duró más de quince días. Cada uno supo que yo había dicho «tú morirás», y por mucho tiempo me señalaron como culpable de un crimen inaudito. No he podido explicarme este proceder sino suponiendo que la palabra pronunciada había sido interpretada como una amenaza o el anuncio de una desgracia. Aconsejo a los que vayan

a la isla de Pascua que nunca pronuncien delante de los indígenas la famosa «e pohe é».

Este incidente me hizo pensar desde luego que las creencias supersticiosas no eran desconocidas en la isla de Pascua, y que acaso Torometi había creído que yo le había echado un sortilegio. Sin embargo, nada ha venido en lo sucesivo a acreditar esta suposición, y no pienso que se pueda referir a este orden de ideas lo que voy a relatar.

En todas las chozas se encuentran tabletas de madera o bastones cubiertos de geroglíficos: éstos son figuras de animales desconocidos en la isla, que los indígenas dibujan con piedras cortantes. Cada figura tiene su nombre, más el poco caso que hacen de estas tabletas me inclina a pensar que estos caracteres, restos de una escritura primitiva, son ahora para ellos un uso que conservan sin tratar de inquirir su sentido.

Los canacas no conocen ni lectura ni escritura. Sin embargo cuentan con mucha facilidad, y tienen palabras para representar todos los números. Su medida de tiempo es el año lunar. Pero en esto su memoria falla, y no están concordantes acerca del número de las lunas. ¡Cosa digna de notar! estos salvajes manifiestan un grande interés en lo tocante a estas cuestiones. Cuando yo hablaba de los meses, de la salida del sol, etc., todos se acercaban, todos, hasta los ancianos. Y venían a tomar asiento entre los discípulos. La misma diligencia manifestaban cuando decía algo sobre la correspondencia epistolar. Un día, mientras hacía la clase, advertí un navío. Esperando que quizá abordaría a la costa, entré en mi cabaña para escribir algunos renglones. Mis alumnos me observaban atentamente desde lejos; se imaginaban que yo estaba dotado de la facultad de hablar con los ausentes, y que hacía uso de ella. Cuando volví, me preguntaron cuál había sido mi conversación con el navío.

¿Se deberá hablar de la industria de estos buenos canacas? Sus necesidades tan limitadas, no los estimulan de ninguna manera, por lo que es natural que vivan en

la ociosidad y la indolencia. Sin embargo, no carecen de destreza en los dedos: trenzan la paja con mucha habilidad, trabajan fácilmente el hilo, con el cual hacen cinturas, redes, etc. Este hilo es sacado de los tejidos fibrosos del «purau». La corteza del «maute», machacada y preparada, da la tela con que se cubren los hombros. La primera piedra que encuentran o los dedos solos, son sus instrumentos, pues no saben servirse de ninguna herramienta europea. Si se trata de cortarse la barba, cogen una piedra cortante; con ella misma cortarían el hilo, aunque tengan tijeras en la mano. Lo que les gusta más que todo es coser: se les da el mayor placer cuando se les gratifica con algunos retazos de indiana para remendar su «maute», que toma después el aspecto pintarrado de un vestido de arlequín.

La agricultura, como lo llevo dicho, no exige grandes trabajos, pues la fertilidad del suelo—que existe a pesar de su carácter rocoso—la periodicidad de las lluvias y una temperatura templada parecen hacer a esta pequeña isla hábil para toda especie de producciones. Mis ensayos han sido poco numerosos, y las pocas legumbres que he sembrado se han logrado bien. Todas las plantas que había traído habrían podido aclimatarse; pero las más me fueron robadas por Torometi, que las dejó secar antes de plantarlas. El pequeño terreno que había cultivado ha desaparecido poco a poco pisado, asolado por los vecinos y los chiquillos. Estos ensayos no obstante bastan para mostrar que sería muy fácil conseguir todas las producciones de las latitudes medias. Los canacas no necesitan tantas cosas, por lo cual la agricultura, como todo lo demás, no está aquí más que en germen. Cuando llega el tiempo de plantar las patatas, se sirven de un palo puntiagudo para hacer un agujero en la tierra, y descansan en la Providencia que otorgará el crecimiento. Nunca se les ha ocurrido cavar la tierra, regarla, etc.

La naturaleza deja poco que hacer a los afortunados habitantes de nuestra isla. Sin embargo, no pueden dispensarse de la cocina; pero sobre este punto también son

pocas las complicaciones. En poco tiempo se cuecen las sempiternas patatas: este es el plato de cada día, el invariable ordinario de los canacas, grandes y pequeños. Hay algunas gallinas, y de tiempo en tiempo se cogen algunos pescados; pero estos bocados delicados, siempre raros, son la porción de un corto número de privilegiados. La mujer y los hijos, cuando el marido está harto, podrán quizá chupar un hueso ya chupado razonablemente una primera y una segunda vez. Fuera de estos casos excepcionales, la uniformidad es perfecta: siempre y en todas partes las patatas, cocidas según el método oceánico: aquí, como en todas las islas, el hoyo cavado en la tierra, las piedras calientes y el cocido al vapor. Todo esto se ejecuta con bastante destreza, y, en este concepto, los canacas podrían darnos lecciones.

He advertido entre ellos la mayor atención en no derramar la sangre de los animales. A las gallinas les retuercen el pescuezo. Un día me serví de mi cuchillo para desangrar a una, y por poco no hice desmayarse a una mujer que me observaba. Con respecto a los perros y cabras, se cava en el suelo un agujero del tamaño requerido, y se entierra en él la cabeza del animal, retirándolo cuando la asfixia se verifica; entonces se quema su piel, y, sin otra operación, se mete su cuerpo en el horno ordinario con las patatas.

Creo que la vista de la sangre humana repugna también a los canacas, pues aunque tienen cuchillos desde el paso de los peruanos, jamás se sirven de ellos en sus riñas. Si quisiesen enviar alguno al otro mundo, tendrían por más simple matarlo a pedradas. Así es como Torometi, cuando está descontento con su cocina, apedrea a su mujer hasta el punto de impedirle moverse al día siguiente.

No se trata ahora, mi Rdo. Padre, sino de aventuras que me son exclusivamente personales, y que me decido a contaros para que tengáis un conocimiento más exacto de las costumbres del país. Estos pequeños incidentes presentan poca variedad, pues el fondo del debate era

el más sencillo: para mí se trataba de no dejarme robar enteramente, o al menos repentinamente; en cuanto a Torometi, se trataba de concluir con todo cuanto antes, y mientras yo hacía durar el sitio cuanto podía, mi huésped aprovechaba todas las ocasiones para tentar un nuevo asalto. Torometi tenía mala fama, y ello me parecía justificado; sin embargo, creo que, de haber yo caído en otras manos, no habría sido tratado mejor. Todos estos canacas se acusan recíprocamente de ser ladrones, y todos dicen la verdad. Si hay algunos que roban menos, se debe a que la ocasión o la audacia les falta.

Poco después de mi desembarque, Torometi, considerándose como el propietario de lo que había traído, concluyó por apropiarse de todo lo que no estaba bajo llave. Al día siguiente me fué preciso abrir mis cofres en su presencia, mostrarle los objetos que encerraban y explicarle su uso. Desgraciadamente no se contentaba con mirar. Advirtiéndole una pequeña hacha, al punto se apoderó de ella, lo que fué materia de nuestra primera discusión: resistí lo más bien que pude, mas no logré que me la devolviese. Era la única hacha de la isla, y él tenía gran interés en hacer su adquisición. «Además, me decía, yo te la prestaré». Preciso fué resignarse a ello. Desde entonces, nunca Torometi se ha separado de esta arma, y de ella se ha servido para conducirme sucesivamente al abandono de todo cuanto codiciaba. En esta primera revista, otro objeto excitó su curiosidad, y fué la campana. Me costó el mayor trabajo del mundo mantener mi derecho de propiedad y colocar la campana encima de mi cabaña. Los réditos en especies exigidos por mi guardián, debían por otra parte renovarse más de una vez durante mi estada en la isla de Pascua.

Quizás miraréis como extraordinario el que me haya mostrado tan condescendiente. Os aseguro que no he cedido sin resistencia; pero, al fin de cuenta, he creído siempre prudente evitar el último extremo. Los indígenas no recurren ordinariamente a la violencia: los he visto discutir con estrépito y quemarse sus cabañas, sin que

por eso vengan a las manos; pero no estoy menos cierto de que Torometi, una vez irritado, encontraría bueno todo medio de deshacerse de mí. Además, Torometi no estaba solo, y yo tenía que habérmelas con toda la población de la isla. Si cerraba mi puerta a este solicitante importuno, venía a sentarse a cincuenta pasos de mi cabaña, reuniéndosele pronto su mujer, sus vecinos, los que pasaban, y un tumulto horrible comenzaba. Arrojabán piedras, haciéndome ver claramente que era para mí más ventajoso abandonar el objeto codiciado, que dejar arruinar mi cabaña y esperar que le prendiesen fuego.

Mientras tanto, tenía necesidad de una capilla. En los cortos ratos libres que me dejaba la enseñanza del catecismo y las oraciones, me puse a la obra. No había elección para los materiales de construcción: no tenía a mi disposición más que la tierra mezclada de paja y secada al sol. Como estábamos en estío, hube de contentarme con el agua de mar para mojar la tierra, y con yerbas secas en lugar de paja. A pesar de todo, hubiera podido hacer algo más que regular, si las lluvias de invierno no hubiesen venido a detenerme, y si hubiese tenido vecinos más escrupulosos. Por más que yo cortase yerba y la pusiese a secar, Torometi encontraba lo más simple del mundo emplearla para el servicio de su cocina, y cada día yo no hacía más que volver a comenzar.

/ Lo más que he podido hacer en tres meses, ha sido un principio de capilla, de ocho metros de largo por cuatro de ancho: las paredes apenas tienen un metro treinta centímetros de altura. Las lluvias no me han permitido continuarla, y Torometi, a quien había hablado para que me ayudase, me declaró muy en alto que no quería una casa de barro. Abandoné, pues, mi trabajo de albañil, para ocuparme únicamente en la enseñanza del Catecismo.

Inmediatamente me creí en el deber de hacer la visita general de la isla. Mi intención era detenerme en los puntos principales, e instruir así sucesivamente a todos los habitantes. A fin de preparar el camino, hice algunos

presentes a los jefes que debía visitar. Cuando manifesté mi designio a Torometi, por de pronto se opuso, pareciendo después aprobar mi partida. Cuando llegué a casa de Temana, comencé a hacer el Catecismo y felicitar me de las buenas disposiciones de mis nuevos huéspedes. Pero un día me anuncian que Torometi se ha aprovechado de mi ausencia para apoderarse de todo mi ajuar. Volví a Anakena, acompañado de una tropa de canacas.

Al verme, Torometi afectó la mayor sorpresa. Dijo que era incapaz de haberme causado el menor perjuicio. La ventana forzada, la desaparición de la mayor parte de los objetos que había en el interior de la cabaña, eran efectos del viento, asegúrame.

El resultado de mi primera excursión me estimuló a diferir la segunda. Por otro lado, estábamos en invierno, y aunque la estación no sea muy rigurosa, no deja de hacerse sentir entre unas gentes tan primitivamente vestidas como los canacas. Las lluvias son cortas, pero frecuentes; el viento es a veces lo bastante recio para agitar el mar hasta el punto de hacer inabordable la isla por ocho o quince días. En esta época fué cuando vino a mis canacas una idea nueva: se les puso en la cabeza hacerme construir una barca. Por más que protesté que no sabía hacer una obra semejante, ello fué inútil: estaban persuadidos de que yo lo sabía todo, que todo lo podía, hasta fabricar una embarcación sin madera y sin instrumentos. Mi inquietud no era poca. Ya os he dicho cómo se las habían cuando querían absolutamente obtener algo de mí. Comenzaron, pues, su algarabía: «¡Madera, gritaban, la tenemos de sobra!» Y recorrieron la isla recogiendo todos los pedazos de tablas, los retazos de madera, derechos, torcidos, podridos, que podían encontrar. Esta barca debía ser el fruto de una contribución nacional. En otras circunstancias he advertido esta costumbre de hacer contribuir a todos para un trabajo mirado como importante; a ninguno se le ocurre negarse a ello. Superfluo es añadir que tuve que hacer también el sacrificio de toda la madera que tenía. Con tan numerosos y tan

buenos elementos no había razón plausible para negarse a hacer de carpintero y constructor. Los clavos que me quedaban pasaron también, y al cabo de quince días mis impacientes canacas pudieron ver una cosa que se parecía a una barca. ¡Ah! los quince días se les habían hecho muy largos, apenas me habían dejado tiempo para comer.

La juntura de todos estos trozos dejaba mucho que desear, y, además, era preciso calafatear la barca. Les anuncié que este último trabajo les competía a ellos, y como pretendían poseer una especie de tierra que haría un excelente betún, se pusieron a la obra. Una sola cosa temía yo, y era ser diputado para gobernar el nuevo y peligroso barco. El mismo día, y antes de secarse el betún, quisieron lanzar la embarcación al agua; entonces me encerré en mi casa.

Pero habían resuelto hacer la fiesta completa. Recordando que las embarcaciones que algunas veces se habían acercado a la isla traían remeros vestidos con camisas y pantalones, pensaron también en ponerse de uniforme. Por supuesto que yo era quien debía proporcionar los trajes, y uno de ellos, Teoni, tuvo la audacia de entrar en mi casa para cogerme mi pantalón. Apurado ya hasta no más, cogí al ladrón por el cuerpo, y le arrojé fuera de la puerta. Sin advertir que llevaba un hacha, me herí en un brazo. La sangre que manaba en abundancia excitó el terror de los canacas, y Teoni desistió de sus pretensiones. Torné, pues, a entrar en mi casa, y desde aquí presencié el lanzamiento de mi barca. Brutalmente arrastrada por entre las piedras, llegó pronto a orillas del mar. Este era el momento decisivo: cada uno quiso poner manos a la obra, y contribuir a la operación tan largo tiempo esperada. Mas ¡ay de mí! la alegría fué corta: a medida que la barca entraba en el mar el mar entraba en la barca, y ésta luego se encontró llena. Imposible fué ir más lejos. ¡Adiós paseos, excursiones y expediciones de todo género imaginados por nuestros buenos indígenas! Preciso fué buscar otras distracciones, que no debían faltar.

El tiempo del Mataveri se acercaba, y había un poco de agitación. Sobre todo Torometi mostraba una desconfianza siempre en aumento. Me pidió lo restante de mis vestidos «para esconderlos, decía, pues había el proyecto de robarlos». Como estas buenas gentes desconfían todas las unas de las otras, y con mucha razón, están siempre al acecho para ocultar todo lo que tienen. En efecto, los escondites abundan, y toda la isla está llena de grutas profundas, naturales unas y otras artificiales, que no comunican con el exterior sino por una entrada estrechísima, que unas cuantas piedras bastan para disimular y cerrar. La población entera de la isla podría desaparecer en un momento dado, ocultándose en los subterráneos. Aquí era donde Torometi pretendía poner en seguridad lo restante de mis bienes. Neguéme a ello con tesón; pero Torometi, su hermano y su mujer, reforzados con sus vecinos, se apoderan de mí, y hacen toda resistencia imposible. Cogen mis llaves, llevan los efectos que encuentran, y no me dejan más que el colchón y las cajas que contenían los instrumentos. Terminada la operación, aquéllas me fueron devueltas.

Nada semejante me había sucedido hasta entonces. Torometi, ciertamente, lo había puesto todo en obra para vejarme y exigirme lo que deseaba: había recurrido a ruegos, amenazas, gritos; pero jamás había llegado a la violencia propiamente dicha. La postrera barrera acababa de caer, y parecía que en adelante todo era de temer. El solo partido que yo podía tomar era el de sustraerme por la fuga a las exigencias de mi tirano; pero hasta ahora no había logrado hacerlo sin que me detuviese o se pusiese a seguirme; y me había sido menester suplicarle diferentes veces para ir a bautizar a Panamá y otros tres o cuatro moribundos que imploraban esta gracia. Aguardé, pues, una ocasión favorable para burlar la vigilancia de mi Cerbero, la que se presentó luego.

Unos canacas de Anapika se encontraban aquí para transportar mi menguado bagaje, y me marché con ellos, a despecho de Torometi que llegó en el momento de la

partida. Las gentes de Anapika se mostraban complacientes con el «papá»: era que contaban con desnudarle a su vez.

Apenas había tenido tiempo para descansar entre ellos, cuando se presentó Torometi acompañado de algunos isleños: venían a buscarme. Yo no quería seguirlos, y hubo una larga lucha. Al fin, me echaron al suelo, y cogiéndome, unos por los brazos, otros por las piernas, se pusieron en marcha. Tuvieron la paciencia de llevarme así media legua. Los conductores no eran muy suaves, y así me sentía medio descuartizado. Ya era demasiado, y les anuncié que deseaba ahorrarles el trabajo de llevarme más lejos. Pusieronme en el suelo, me devolvieron mis zapatos que me habían arrancado para que no pudiese alcanzarlos, y acabé el viaje a pié en su compañía.

Una sorpresa me aguardaba: Torometi había traído a mi casa la mayor parte de los efectos sustraídos los días anteriores.

—«Tú me has tomado por un ladrón, exclamó; mira lo que te falta. He querido buenamente poner estos objetos en seguridad. Los verdaderos ladrones son aquellos de donde tú vienes. Pronto lo sabrás, pues ya puedes renunciar para siempre a lo que has llevado. ¡Vete ahora entre esas gentes, que no tienen ni aún una patata que darte de comer!»

Hallábame casi confundido, no sólo de no haber logrado mi designio, sino también del error en que había caído. Comprendí que Torometi decía la verdad cuando me anunciaba que no vería nada de lo que había tratado de salvar, y que los otros canacas no valían más que él! Ocho días después fui a buscar mis efectos. ¡Ay de mí. la profecía de Torometi se cumplió al pié de la letra: nada pude traer, absolutamente nada, sino baúles vacíos y quebrados.

Otros acontecimientos se preparaban. Estábamos en Septiembre, y el «mataveri» reunía una gran parte de la población a tres o cuatro leguas de nuestra residencia. Torometi tenía los ojos fijos sobre esta reunión, de la

cual había de partir el golpe que hacía mucho tiempo temía. Uno de los canacas, Tamateka, me había dado a entender, en efecto, que Torometi era el objeto de un odio general y que sus maldades le atraerían un castigo ejemplar.

Una mañana veo llegar a Tamateka seguido de una porción de gentes que formaron una reunión en frente de la casa de Torometi. Todos hablaban al mismo tiempo, y la discusión se enardecía; y, aunque yo no comprendía ninguna de estas arengas, fácilmente se veía que la cosa acabaría mal. Salí de mi cabaña, y me senté a cierta distancia. Torometi salió también, por su lado de su choza, más apenas tomaba parte en la discusión. Tenía muchas ganas de alejarme del tumulto, pero me interesaba no perder de vista mi cabaña y observar las acciones de la multitud. Las cosas tomaron luego un aspecto más amenazador. Algunos de los más atrevidos se aproximaron a la choza de Torometi y, arrancando la paja que la cubría, trataron de deshacerla. Luego le prendieron fuego, y, como hacía viento, fué asunto de pocos minutos. Torometi había permanecido impassible, sentado al lado del incendio; fué menester que uno de sus amigos le cogiese por el brazo para alejarle del fuego que iba a acercársele. Temí que mi casa corriese idéntica suerte; pero, felizmente, no hicieron ninguna tentativa en este sentido, y algunos canacas también, armados de lanzas, se pusieron a hacer la guardia alrededor.

Cuando no quedó nada de la casa de Torometi, los amotinados, habiendo descubierto la famosa barca que yo había construído, trataron, mas en vano, de destrozarla. En este momento Torometi, rodeado de algunos partidarios, se disponía a alejarse del teatro de su infortunio. En cuanto a mí, hasta aquí simple espectador del conflicto, me encontré en disposición de pronunciarme. Torometi deseaba llevarme consigo; sus enemigos se oponían. No sabía yo qué hacer. Pero, recordando que mis tentativas para separarme de Torometi habían sido inútiles, me decidí a seguirle.

Nos dirigimos hacia el «mataveri». La multitud compacta y agitada nos acompañaba, y las discusiones proseguían. Hallábame en medio de este gentío, apretado por todas partes, y atolondrado por el tumulto. Mi turno llegó. Repentinamente sentí que me cogían el sombrero, y en el mismo instante dos o tres brazos vigorosos me desembarazaron de mi paletó, de mi chaleco, de mis zapatos, etc., y los redujeron a pedazos. Encontréme vestido poco más o menos como mis vecinos. Cuando pude echar una ojeada en mi derredor, vi a mis saqueadores adornados con mis despojos: el uno llevaba mi sombrero, el otro los retazos de mi paletó, y los que habían echado mano de mi catecismo y mis libros de oraciones, buscaban la manera de hacer entrar estos objetos en su adorno. La marcha no se había suspendido por estos incidentes; tomé el paso como los demás, y llegamos a una casa que se trataba de incendiar; pero no hubo acuerdo para ello, y la multitud se dispersó poco a poco. Créime entonces en el término de mis peregrinaciones, y, a pesar de las emociones del día, me consolé con la esperanza de pasar la noche en este punto; pero Torometi quiso que volviésemos a mi cabaña: su intención era ir a buscar varios objetos que se hallaban en ella.

Preciso fué ponerse en camino; no se veía nada, y me desollaba los pies a cada paso. Este fué, seguramente, el peor momento de la jornada. Cuando llegamos a mi cabaña, no tenía la llave para entrar: me la habían robado con mis vestidos. Penetré por el techo, e hice pasar a Torometi todo cuanto codiciaba. Por lo que a mí toca, me tuve por dichoso de poderme calzar con un mal par de zapatos; y, embozado a la romana con una manta vieja, volví a tomar el camino de Anapika con Torometi, en donde vivía su hermano. Pasamos aquí el resto de la noche. Al día siguiente mi compañero, siempre inquieto, pensó en emigrar de nuevo, y me condujo a Vaihú, tres leguas más lejos. Los acontecimientos justificaron los temores de Torometi, pues supimos al día siguiente que

habían quemado en Anapika la casa de su hermano, en donde nos habíamos detenido antes.

En Vaihú encontré gentes más afables, más dóciles, más deseosas de instruirse que en otras partes. Me puse a hacer el Catecismo con nuevo ardor. Apenas se habían pasado ocho días, cuando los muchachos de la clase exclamaron mostrándome un punto negro en el horizonte: «¡un navío!» En efecto, era una goleta que tenía la proa en la dirección de la isla de Pascua. La seguí por cierto tiempo con la vista; pero, al verla pasar al sur, creí que sucedería con ella como con los otros cinco navíos que había advertido en los nueve meses. Vino la noche, perdí de vista la goleta, y me acosté sin pensar más en ella.

A la mañana siguiente, a eso de las ocho, llegó un chiquillo anunciándome que el navío estaba frente a Anarova, y que Torometi me llamaba. Partí en ayunas, y hallé a Torometi que venía a mi encuentro. El navío iba de bolina para abordar. A la vista de la bandera francesa tranquilicé a los canacas, que temían fuese un pirata. Seguimos en la orilla hasta que vimos que una lancha se desprendía del navío. Torometi, sin aguardar más, me cogió en sus hombros, me condujo a la lancha, y caí en los brazos del P. Bernabé. Un momento después nos encontramos en la goleta Teresa-Ramos.

Al P. Bernabé toca contaros los incidentes de su viaje y arribo a la isla de Pascua. En cuanto a mí, cuando se trate de establecer definitivamente una misión en la isla, podré dar algunos avisos útiles a los que se encarguen de ella.

Y mientras tanto recibid, mi Rdo. Padre, la expresión de mi profundo respeto, y mi afecto en los Sagrados Corazones.

H. EUGENIO EYRAUD.



## Vuelta a Pascua

El amor que a la fé cristiana tenía el Hermano Eugenio hizo que no se arredrara ante las grandes dificultades y privaciones que tuvo que padecer durante los nueve meses en que permaneció solo y abandonado en la Isla de Pascua.

Por eso desde que llegó a Valparaíso, se dedicó a preparar su vuelta a Pascua y a organizar la misión que debía completar su obra.

Al conocer todos los pormenores que el Hno. Eugenio dió sobre la Isla, juzgó el R. P. Pacomio que no debía tardarse más tiempo para empezar la misión.

Comenzó, pues, todos los preparativos necesarios para socorrer a los canacas y abastecer a los misioneros. Poderosa ayuda recibió de las personas caritativas que se interesaron por esta misión.

Antes había que definir la situación del Hno. Eugenio. Sin duda alguna que su probación para entrar a la vida religiosa era muy singular, y diferente a la determinada por los cánones de la Iglesia; pero en cambio de una manera eminente había dado pruebas de constancia y extraordinaria virtud. Después de varios días de deliberación el Consejo de la Congregación resolvió que se le admitiera a emitir los votos perpetuos que de una manera estable lo debían constituir religioso. El 6 de Mayo de 1865 pronunció su profesión religiosa en Valparaíso, en la víspera de la fiesta del Patrocinio de San José, por lo cual agregó a su nombre el de este Santo Patriarca, patrono de los obreros. Al comunicar esta noticia a su familia, decía: «Acabo de profesar y he tomado el hermoso nombre de José. Si lo pudiera llevar dignamente!» ¡Ah! y cuánto se lamentaba de no haberse consagrado a Dios desde su juventud!

A fines del mismo año de 1865 partió nuevamente para la misión. Para evitar que los canacas incendiaran su habitación llevó varias planchas de zinc.

En las islas Gambier, adonde se dirigió primero, encontró al R. P. Hipólito Roussel que había sido destinado para la evangelización de los pascuenses; ahí también se acompañaron de tres cristianos de Mangarave, que debían servirles de poderosos auxiliares. La goleta *Nuestra Señora de la Paz* los dejó en la Isla de Pascua el 25 de Mayo de 1866.

Inmediatamente se puso a construir una ligera habitación para guarecerse y librarse de la rapacidad de los canacas, que no tenían otro afán que el de despojarlos de cuanto tenían.

Una gran muchedumbre los sitiaba día y noche en su cabaña.

A uno se le ocurrió lanzar una piedra sobre el techo de zinc, y maravillado por el ruido que producía, repitió la experiencia. Este género de música agradó a todos y durante dos meses no cesaron de tamborear en las planchas o de disparar piedras, de tal suerte que el Padre debía encerrarse herméticamente, y encender una lámpara en pleno día para rezar el breviario. Con suavidad se fué el Padre ganando el corazón de los salvajes y la semejanza de los idiomas de Mangarave y Pascua le permitió hacerse comprender de los indígenas. Su firmeza inspiró respeto y comprendieron que el extranjero no era un hombre cualquiera y poco a poco fueron recibiendo la benéfica influencia de nuestra religión. A los 7 meses todo había cambiado.

El Hno. Eugenio, haciendo esfuerzos superiores a su estado físico, pues su salud ya estaba comprometida, levantó tres piezas, dejando entre ellas un patio, rodeado de una cerca que llegaba hasta el mar. Luego principió a desbrozar un terrenito que le cedieron y lo dejó pronto para ser sembrado. Faltaba sin embargo, el agua. El hermano se puso a cavar un pozo, lo que no dió buen resultado, pues el agua era medio salada. Tuvo, pues, que ir a buscar agua a una gran distancia, donde se encuentran los crateres de los volcanes apagados.

Una de las piezas podía contener un centenar de per-

sonas; sirvió de capilla. Allí principiaron a concurrir primero los hombres, después los niños, y en fin las mujeres, que esclavas como en todos los pueblos idólatras tenían más dificultad para dejar sus trabajos de buscar el alimento de toda la familia. Los niños fueron las primicias de estas inhospitalarias playas; varios fueron bautizados, antes de ir a reclamar su sitio en el Cielo. Estos son los primeros protectores de la Isla de Pascua.

El demonio no largaba sin embargo fácilmente esa región en que había reinado durante tantos siglos. Hubo grandes dificultades, y se levantaron campeones del paganismo.

Entre ellos se hizo notar *Roma*, que era como jefe de partido, hombre de malos instintos. Un día que el hermano Eugenio estaba trabajando en el fondo del pozo, apareció Roma, y lo amenazó con enterrarlo vivo si no consentía en darle su pantalón. La presencia del Padre que llegó en esos momentos, lo obligó a alejarse.

Cuando llegaron los misioneros reinaba en la Isla la mayor miseria material y moral. Grupos de individuos se entregaban mutuamente al robo, saqueo y destrucción. No tenían ninguna autoridad reconocida, los más atrevidos ejercían cierta autoridad ocasional. En las fiestas del *Mataveri* se entregaban de una manera especial al pillaje. En una de ellas habían desvastado la primera habitación del Hno. Eugenio.

Torometi y sus partidarios fueron desterrados y sus viviendas arrasadas.

En poco tiempo todo principiaba a cambiar de aspecto. A fines de ese mismo año pasó por la Isla el capitán del *Tampico*, y en carta dirigida a Valparaíso al R. P. Pacomio se expresa en estos términos de la transformación operada por los misioneros: «Maravillado estoy al  
« ver lo que la paciencia y el trabajo de dos hombres  
« han podido realizar en tan pocos meses. Ahí donde  
« sólo creía hallar una pobre cabaña mal cerrada, he  
• descubierto edificios bien instalados, cerrados con mu-  
« ros y verjas, una capilla sonriente de flores, un galpón,

« un jardín; en los alrededores terrenos cultivados y  
« plantados. No sé que me ha sorprendido más, si el tra-  
« bajo inteligente del H. Eugenio o la angélica pacien-  
« cia del R. P. Roussel. Vi la iglesita llena, vi a esos  
« mismos salvajes, que meses antes recibían a pedradas  
« a los extranjeros, rezar ahora de rodillas nuestras más  
« hermosas oraciones en lengua canaca, en francés y en  
« latín».

El 25 de Octubre salieron de Valparaíso el R. P. Gaspar Zumbohm, y el Hno. Teodulo Escolan para ayudar en la conversión de los pascuenses, que tan bien se presentaba. Llegaron a la Isla en el Tampico el 6 de Noviembre, llevando consigo una infinidad de objetos que les habían proporcionado en Chile. Colecciones de árboles frutales, semillas de todas clases, una vaca, dos terneros, conejos, palomas y muchos objetos y útiles venían para la misión.

Se veía el cambio favorable operado en los canacas, pues ninguno se atrevió esta vez a tocar, ni a apropiarse, ninguno de los objetos que veían y que seguramente excitaban su curiosidad y codicia. Muy distinto había sido el recibimiento de los misioneros anteriores.

Durante todo el año 1867 y principios de 1868 siguió sin tropiezos la evangelización de la Isla. Los últimos que resistían eran algunos jefes que tenían varias mujeres y se resistían a someterse a la santa ley del Evangelio. Hasta entonces sólo se había administrado el bautismo a los niños y moribundos, esperando que la instrucción religiosa fuera suficiente y que se fueran acostumbrando a observar la Ley de Dios.

Por fin se resolvió que se haría una gran ceremonia para admitirlos en el seno de la Iglesia, regenerándolos con el agua del bautismo. La fiesta se fijó para el 14 de Agosto, víspera de la Asunción.

La augusta ceremonia principió a las 6 de la mañana y se prolongó hasta las 2 de la tarde; recibiendo en ese día el bautismo más de 500 indígenas.



## Últimos días del apóstol

La alegría que experimentaron los misioneros al ganar esas almas para Dios, vino acompañada de una nota triste. El Hno. Eugenio, cuya salud estaba muy resentida desde un año atrás, se sentía desfallecer: las penalidades y privaciones porque había pasado habían minado su constitución robusta, originando la tuberculosis pulmonar. Para restablecerse hubiera necesitado otra alimentación y recursos que los que ahí podía encontrar. Pero durante varios meses no tenían otro alimento que las papas. Él había hecho a Dios todos los sacrificios y se sentía feliz al consumirse para dar la vida eterna a esos isleños.

En el mes de Julio cayeron grandes lluvias que fueron muy funestas para el enfermo. El 2 de Agosto el tiempo estaba hermosísimo; en la tarde invitó al P. Gaspar para dar un paseíto. Yo saldré primero, le dijo, y después Vd. irá a encontrarme en el camino. El pobre, abandonando el camino, se dirigió por un sendero al lugar llamado Pina, donde en otro tiempo había vivido solo entre los canacas. Al llegar ahí recuerdos penosos y a la vez consoladores vinieron a su mente. Para distraerlo movió el Padre la conversación a un tema siempre agradable, la vida de la infancia, el hogar paterno.

Interrumpiendo la conversación, dijo, sentándose en la yerba, cerca del mar: No volveré a ver más estos parajes. No parecía afligirse mucho al decir esas palabras, y no se dió cuenta de la tristeza que produjo en el Padre. Luego llegaron a Mataveri donde descansó un poco y después sin ningún accidente volvieron a Hagaroa. Algunos días después, estando el padre cerca de su lecho, le dijo: «Ya no nos quedan tablas, aquí hay un cajón y otro pedazo de madera, podrán servir para hacerme un ataúd». Hablaba de su muerte con una gran tranquilidad.

El 14 de Agosto ya se encontraba muy mal; después de la grandiosa ceremonia que se verificó ese día, el Pa-

dre Gaspar fué a visitar al enfermo, a quien acompañó hasta sus últimos momentos.

«Le hablé, cuenta el Padre, del solemne Bautismo que acababa de verificarse.—¿Son ya todos cristianos?, me preguntó.—Creo que sólo quedan sin bautizar unos pocos que no pudieron asistir esta mañana.—Dios sea bendito, replicó con voz débil, mis votos se han cumplido, ya puedo morir en paz».

En la misma tarde recibió con pleno conocimiento la Extrema-unción y el Santo Viático. En seguida el Padre le habló de la gran fiesta del día siguiente, del poder y bondad de la Santísima Virgen, que oía con gran fervor y edificante devoción.

Muy a tiempo recibió los últimos sacramentos, pues en la noche entró en delirio, y sólo momentos antes de morir recobró el conocimiento. Entregó su alma a Dios el 19 de Agosto a las once de la noche.

Así murió el Hermano Eugenio Eyraud, verdadero fundador de la misión de la Isla de Pascua, voló al cielo para recoger la recompensa de sus trabajos, en los mismos momentos en que se cosechaban los primeros frutos de su infatigable celo, y mientras toda la Iglesia celebraba el triunfo de aquella que con su pié virginal aplastó la cabeza de la serpiente.



La vida del Hermano Eugenio tiene para todos una provechosa y oportuna enseñanza.

Por amor a la fe de Jesucristo, un obrero mecánico se lanza en medio de los mayores peligros, solo y sin ayuda de nadie, a la conversión de los indígenas de la más apartada de las islas del Océano Pacífico.

Ni lo desconocido de la tierra, ni la fama de ferocidad de sus habitantes, ni la dificultad del idioma, ni las viruelas, ni la soledad, nada lo detiene.

Abandona las herramientas y de obrero mecánico se convierte en obrero del Evangelio.

Si amaran de este modo su fe los obreros chilenos! ¡Si, como él, fueran capaces de salir en defensa del Evangelio y de Jesucristo!

Eyraud trabajó en Santiago, en Valparaíso, en Copiapó y obras semejantes a las que él hizo bien las pueden realizar nuestros obreros.

En los talleres y fábricas no faltan los Torometi, audaces y sin escrúpulos; pero desgraciadamente ante ellos se acobardan los obreros cristianos.

Mi deseo es que para ellos el mecánico Eugenio Eyraud sea ejemplo de valor cristiano y de amor a la fe.

